

EL LIBRO DE LA SEMANA

Meandros de la memoria

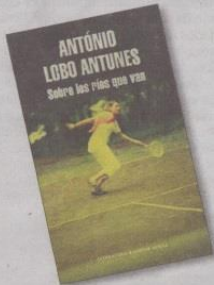
La enfermedad le impuso mirar a su infancia, al recuerdo del olor de la mermelada, a sus abuelos muertos. António Lobo Antunes mezcla pasado y presente en su nueva novela

Sobre los ríos que van

António Lobo Antunes
Traducción de Antonio Saéz Delgado
Literatura Random House. Barcelona, 2014
224 páginas. 20,90 euros

Por Francisco Solano

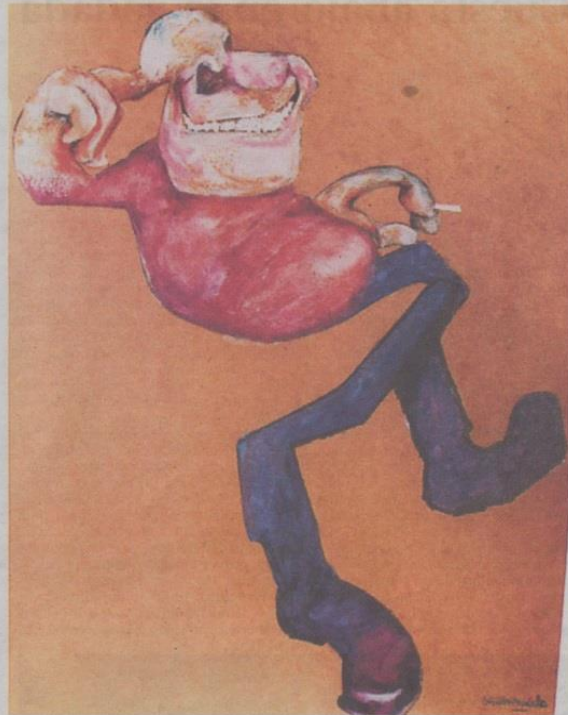
ACASO CONVIENE ADVERTIR que, pese a haber escrito sobre una decena de libros de Lobo Antunes, el crítico no está en mejor disposición para aprehender el universo emocional de un nuevo libro del autor portugués. La familiaridad con su estilo ya no produce sorpresa, o desazón, pero la obstinación de su prosa en invalidar el significado probable,



descomponiendo la lógica narrativa, no permite una clara percepción de la experiencia que anima sus páginas. De *Sobre los ríos que van* (un verso de Camões) ha dicho el escritor en una entrevista que nació después de superar un cáncer: "Pasé mucho tiempo en el hospital, con radioterapias agresivas. Y al volver a casa se me impuso reflexionar sobre mi infancia". El texto de contraportada orienta en la misma dirección: "Una operación grave mantiene a António Lobo Antunes en cama durante dos semanas. En el hospital, aturdido por el dolor y los medicamentos, rememora su infancia". Pero tanto la información de la entrevista como el aviso editorial son indicaciones de advertencia que se ajustan a la convención. Y en la escri-

tura de Lobo Antunes nada se concierta a lo previsible. Lo que encontramos al empezar a leer es, en efecto, la voz de un paciente que declara que no ve por la ventana los alrededores del hospital, sino imágenes de otro tiempo y lugar donde hay un tren tras los pinares, campanas de iglesia y un cortejo "con el féretro abierto y un niño dentro" y "gente de la que solo sentía el ruido de las botas y por tanto no gente". Es el primer párrafo, y ya la acumulación de instantáneas en movimiento mezcla pasado y presente, e inmediatamente la cronología se trastoca; esa voz, suspendida en el tiempo, se trasfiere a un chico (el propio paciente) que recuerda a sus abuelos muertos, y hay un olor de mermelada que viene de la infancia que el narrador quiere retener ("quédate conmigo, olor"), y ya la corriente verbal, que en Lobo Antunes irradia con estribillos y ritornelos (aquí menos acuciosos), se despliega obligando al lector a una vigilancia a los meandros en los que no queda otra opción que perderse.

A propósito de la novela anterior, *¿Qué caballos son aquellos que hacen sombra en el mar?*, enuncié que hay que abandonar el empeño —legítimo, por otro lado— de comprender lo que se lee, al menos a la manera tradicional. Ya entonces, en aquel libro, el escritor había prescindido de todo sustrato dramático, y se diría que la narración avanzaba sola, como un organismo vivo cuya fisonomía no se conseguía retener. En *Sobre los ríos que van* se ha extremado aún más esa falta de asidero argumental, y aunque no cabe dudar de que sus páginas reflejan una infancia, no se verifica por los sucesos que la componen, a la manera de un registro autobiográfico, sino por la tentativa de hacerla revivir en su confusión y perplejidad: "Me he visto sobre los ríos del Mondego que se dividían y volvían a unirse sin cesar, he sentido que morí hace muchos años o no yo, todo aquello que había y ya no existe, flotando sobre el agua lejos de todos". Hay un territorio y múltiples sensaciones, todo ello encapsulado en una memoria que no pertenece a la misma persona (*Mi nombre es legión* ha titulado otra de sus novelas), una memoria que se adhiere, despersonalizándose, a la memoria igualmente vivificada de los miembros de su familia



António Lobo Antunes visto por Sciammarella.

y a la irradiación de las palabras: "La palabra cáncer y con la palabra cáncer imágenes inconexas".

En su desmesurado afán de recobrar esos "fantasmas que negamos y sin embargo nos rodean", Lobo Antunes ha ido imponiendo unas leyes narrativas que únicamente rigen en la lectura del libro. Fuera del texto, esas imágenes inconexas pierden su anclaje, y el lector apenas extrae de ese marremagno indicios que puedan notificarle que ha recogido una experiencia. Para decirlo de un modo contundente, lo que sucede al leer a Lobo Antunes, sucede exclusivamente mientras se lee; y no es posible el trasvase. Quiero decir que su contenido no se somete a la información o la glosa edito-

rial, un convenio que se aviene mal con la inasimilable propuesta de una escritura tan desguarnecida y obsesiva que se ampara en la exploración de la zona inextricable de la vivencia, "como cuando parece que entendemos el sentido del mundo que en el instante en que lo entendemos se esfuma".

La infancia, o más bien "la mágica angustia de la infancia", que decía Abel Martín, con sus deslumbramientos y reclamaciones, no se presta a recomponerse. Y el lector que se adentre en este último libro de Lobo Antunes se sentirá partícipe de una "conversación del dolor en la que una voz repetía la misma frase sin descodificar su sentido". No una experiencia, sino la impaciencia de las palabras agrupadas por el trastorno. •

Carta a una ausente

¡Melisande! ¿Qué son los sueños?

Hillel Halkin
Traducción de Vanesa Casanova
Libros del Asteroide. Barcelona, 2014
262 páginas. 18,95 euros

Por José Luis de Juan

LARGA CARTA DE PERTENENCIA y amor a una ausente, *¡Melisande! ¿Qué son los sueños?*, reconstruye una relación empezada en el instituto entre Mellie y Hoo, con la sombra del otro amigo en discordia, Ricky. Hoo narra su inmediato apego a Mellie y su amistad con Ricky, hasta que ellos forman una pareja y le abandonan. Él se convierte en profesor de literatura griega, llevando una vida solitaria con esporádicos amores hasta que se encuentra a la pareja en una fiesta en Manhattan. Su amigo ha pasado algunos años en India y ha estado a punto de convertirse en gurú. El regreso al mundo anterior lo llevará a una escisión dramática, y entonces Mellie y Hoo tienen su oportunidad. Ella, como cuenta más tarde al que es su marido, era una princesa desclasada que solo podía vivir con uno de los dos peregrinos que la habían acompañado en un camino

sin rumbo. Se entregan entonces a un amor absoluto, pero con los fantasmas de un aborto y de Ricky. Mellie deja su doctorado, Hoo progresa en su carrera universitaria. Son distintos de las otras parejas porque no tienen hijos. Y esa ventaja comparativa, que la viven como condena, tendrá consecuencias. Siguen siendo amantes modélicos, pero su vida se convierte en una rutina, sin la espontaneidad que conlleva criar una prole.

El acierto de esta novela del neoyorquino afinado en Israel Hillel Halkin (1939) consiste, entre otras cosas, en el suspense emocional que va acumulando a medida que progresa el verosímil relato de su vida con Mellie. No sabemos qué ha pasado con ella ni desde dónde y en qué situación Hoo escribe esa carta llena de guiños, de prendas de amor, de íntimos recuerdos compartidos. Si ella todavía vive o ya no. Pero el tono, incluso en las digresiones filológicas griegas y los relatos bíblicos, en las descripciones de sus colegas y trifulcas matrimoniales, en los diálogos íntimos, conserva en todo momento ese bajo continuo de verdad compartida, de verdad que es, pese al intencionado "nosotros", su punto de vista. Resulta conmovedora la búsqueda de la complicidad del lector desde su modesta posición de Ulises, pues

Mellie, como Penélope, también teje, y él está ocupado en un viaje interior, el de la espera en una isla. La modernidad ha impuesto el intercambio de papeles que diseñó Homero. Qué más da, los amantes se adaptan a todo. Odisea, por tanto, con la impronta de Heine, uno de cuyos mejores

versos da título a esta novela, ese en el que el poeta alemán afirma que solo el amor es verdad mientras que los sueños y la muerte no son más que vagos sonidos. Espectros que nada tienen que hacer frente a la sustancia romántica de este libro especial, que se lee con agrado y deja una vaga euforia. •

Libros Alcaná
Compra-Venta
www.librosalcaná.com
info@libros-antiguos-alcana.com C/ Marqués de Viana, 52 (Madrid)
Telf. 91.220.42.63 - Más de 100.000 libros descatalogados